

lo volvió á vender á Luis Sforza llamado el Moro: despues de la muerte de este duque de Milan y de la caída de su casa, Julio II lo compró por la suma de veinte mil ducados. Habia adornado la corona del Gran Mogol, y brilla hoy en la tiara del papa. Este diamante está valuado en dos millones.

En el punto donde habia tenido lugar el primer choque entre el duque de Borgoña y Nicolás de Scharnachtal, se encontraron sobre la arena otros dos diamantes que un golpe de espada habia hecho saltar de la corona que brillaba sobre el casco del duque. El uno de ellos fué comprado por un rico mercader llamado Jaime Fugger, que se negó á venderlo á Carlos V, porque Carlos V le debía ya cerca de quinientos mil francos que no le pagaba, y á Soliman porque no queria que saliese de la cristiandad. Enrique VIII lo adquirió por una suma de cinco mil libras esterlinas, y su hija María lo trajo como parte de su dote á Felipe II de España. Desde entonces ha quedado siempre en poder de la casa de Austria.

El último, del que al principio se habia perdido la pista, fué vendido diez y seis años despues de la batalla en cinco mil ducados á un mercader de Lucerna, que hizo espresamente un viage á Portugal, y lo vendió á Manuel el Grande y el Afortunado. Cuando en 1762 invadieron los españoles el Portugal, Antonio, prior de Crato último descendiente de la familia destronada, emigró á Francia donde murió, dejando este diamante entre los objetos preciosos de su herencia. Nicolás de Arlay, señor de Sancy, lo compró y lo volvió á vender despues de haberle dado su nombre. Hoy hace parte de los diamantes de la corona de Francia.

Aquella derrota habia tenido lugar el 2 de marzo. El rey Luis la supo tres días despues, y pensó que ya era tiempo de cumplir su peregrinacion. El 7 llegó á una pequeña posada situada á tres leguas y media del Puy. Al día siguiente hizo el camino á pie; llegado delante de la puerta de la iglesia se puso sobre su vestido una sobre-pelliz y una capa de canónigo, entró en el coro, se arrodilló delante del tabernáculo, hizo una oracion y depositó trescientos escudos sobre el altar.

#### POR QUÉ NO HABRÁ JAMÁS EN ESPAÑA UN BUEN GOBIERNO.

Cuando hube recorrido bien Grandson, reconocido el campo de batalla, llevando en la mano á Muller y á Felipe de Commines, y en-

contrado en la parte septentrional de la ciudad las ruinas del antiguo castillo, tomé una lancha y toqué, para satisfacer mi conciencia arqueológica, un peñasco que se alzaba en medio del puerto sobre el cual, segun dicen, se habia erigido antiguamente un altar á Neptuno. Despues de una travesia de tres cuartos de hora, llegué á Iverdum, donde los suizos habian hecho tanta resistencia pocos días antes de la batalla de Grandson.

Iverdum fué una de las doce poblaciones que los helvecios quemaron cuando abandonaron su país para pasar á las Galias, y encontraron á César junto á Autun. Derrotados por el procónsul romano, una de las condiciones que les impuso el vencedor fué como todos saben, el reedificar las ciudades que habian destruido. Obedecieron, y hallando los romanos la nueva poblacion completamente á su gusto y situada perfectamente á la orilla del lago entre los rios Orbe y Thele, hicieron una colonia romana rodeándola de fortificaciones. La ciudad se extendia entonces sobre un terreno tan grande que el circuito que hoy ocupa no formaba mas que una quinta triste.

En 1769, abriendo una cueva cerca á los molinos de la ciudad, se descubrieron muchos esqueletos bien conservados, cuya cabeza, segun las costumbres antiguas, se hallaba vuelta hácia el Oriente; hallábanse tendidos sobre una capa de arena, sin atahud y sin sepulcro, tenian entre sus piernas urnas de barro, lámparas sepulcrales, y pequeños platos de arcilla en los que se encontraron todavia algunos huesos de aves. Algunas medallas enterradas con los cadáveres llevaban la fecha unas del reinado de Constantino, las demas del de Juliano el Apóstata.

Ebrodunum tenia una compañía de barqueros presidida por un prefecto; esta compañía existe todavia, pero el jefe se ha convertido en abad.

Un antiguo castillo construido en 1135 por Conrado de Beringen, se alza en una estremidad de la ciudad, con sus cuatro torreones correspondientes á los cuatro puntos cardinales. Me aseguraron que aquel castillo era el mismo en que Hans, el Muller de Berna, habia hecho tan valiente defensa en 1476.

Como todo lo que hay de curioso en Iverdum puede verse en dos horas, di una vuelta por la mañana mientras que Francesco me buscaba un cochero, que se comprometiese á llevarme en aquel mismo día á Lausana.

Cuando volví á la fonda encontré el almuerzo listo y enganchado el caballo, y á las seis de la tarde estábamos ya en la capital del canton de Vaud, donde estreché de nuevo la mano de mi anciano y buen amigo Pellis, que me presentó aquella misma tarde á Mr. Monnard, traductor de la *Historia de la Suiza*, por Zchokke, uno de los patriotas mas decididos y elocuentes de la dieta.

Por ganas que tuviese de quedarme con buena sociedad, comenzaba á apremiarme el tiempo, me fué preciso partir. Quería visitar el Lago Mayor y las islas Borromeas y completar mi viage por Suiza tocando en Locarno que está en el Tesin, único canton que no habia visitado, y como adelantábamos en la estacion de día en día, podia el Simplon ponerse intransitable.

En su consecuencia á la mañana siguiente me despedí de mi huésped, prometiendo volver á verle por mas largo tiempo, promesa que le renuevo, y me embarqué en el buque de vapor que va de Ginebra á Villanueva.

Volví á hacer mi entrada en el mundo: hacia verdaderamente seis semanas que lo habia abandonado. La suiza alemana es un estremo de la tierra: allí no se sabe nada, no penetra ningun ruido: ningun eco de política, de artes, ni de literatura resuena allí. Todo al contrario, de un brinco me encontraba en un buque de vapor, donde con el contacto de los viajeros de todos los países se escapa un chorro de noticias. Me eché con hambre sobre los diarios franceses: se hallaban llenos de noticias sobre la revolucion de España. Algunos que todo lo juzgan bajo el punto de vista de la Francia y creen á todos los pueblos llegados á igual civilizacion, creian para aquel país un Eldorado político. Solo yo negaba la posibilidad de aplicar á un pueblo las instituciones de otro, y veia en la imitacion de nuestra carta al otro lado de los Pirineos, un manantial de revueltas en el porvenir. Acaloróse al fin la discusion, como acontece siempre, queriendo cada uno de los utopistas tener la razon. Apelamos á un español que fumaba tranquilamente un cigarro, sin tomar parte en nuestra discusion; y reconociéndole juez competente en semejante materia, le preguntamos cual seria, segun él, el gobierno mejor para la peninsula.

El español quitó de su boca su cigarro, arrojó una bocanada de humo que habia recogido en su pecho hacia diez minutos, y despues respondió con gravedad:

—La España no tendrá jamás un buen gobierno.

Como esta respuesta no daba ni quitaba la razon á nadie, no satisfizo á ninguno.

—Permitidme que os diga, señor español, repuse yo riendo, que me pareceis un poco pesimista. ¿La España no tendrá jamás un buen gobierno, decís?

—Jamás.

—¿Y á quien deberá echar la culpa de este defecto: á su pueblo ó á su dinastia, á su clero ó á su nobleza?

—Ni á lo uno, ni á lo otro.

—¿Quién tiene la culpa entonces?

—La culpa la tiene Santiago.

—¡A Santiago!!! respondió uno que parecia eclesiástico: Santiago que es el patron de España y que tiene tanto crédito en el cielo.

¿Cómo puede oponerse á la primera felicidad de un pueblo, á la de sus mejoras políticas, de donde emanan todas las demas mejoras?

—El caso es el siguiente, respondió con flema nuestro hombre.

Cansado Dios un día de oír quejarse eternamente á los pueblos, pidiéndole unos ya una cosa, ya otra, y no sabiendo en medio de las peticiones y continuos lamentos á cual acudir, dispuso que un ángel invitase á son de trompeta á todos los pueblos y naciones del mundo, á que meditando bien sus necesidades y deseos, le enviasen en el término de un año y en un día fijo, un diputado encargado de presentarle sus reclamaciones, obligándose desde luego para entonces á otorgar sus demandas.

La noticia de semejante nuevo congreso hizo gran ruido. El mundo entero se ocupó en elecciones. Hubo candidaturas en abundancia, ni mas ni menos que sucede hoy entre nosotros; y cada nacion nombró su diputado. Por Francia fué elegido San Dionisio: por Inglaterra San Jorge: por Italia San Genaro: por España Santiago: por Escocia San Dustan: por Rusia San Niwsky: por Suiza San Nicolás; y que sé yo cuantos mas santos por otros pueblos, pues hasta hubo representante por la república de San Marino. Llegó el día, y cada santo se puso en camino con sus correspondientes instrucciones de sus comitentes.

El primero que llegó fué San Dionisio: saludó al Padre eterno, no quitándose el sombrero de la cabeza, sino quitándose la cabeza de encima de los hombros, que no fué mala indirecta para recordar al Señor el martirio que habia sufrido por su santo nombre: este saludo le captó la benevolencia celestial.

—Y bien, díjole Dios. ¿Vienes de Francia?

—Si, altísimo Señor, contestó San Dionisio.

—¿Qué pides para los franceses?

—Que tengan el ejército mas hermoso del mundo.

—Concedido, contestó el Señor.

San Dionisio, lleno de gozo, colocóse la cabeza sobre los hombros, y se marchó pian piano á su catedral de Paris.

Apenas habia salido, el ángel que estaba de servicio, anunció á San Jorge.

—Que entre, dijo Dios.

Entró San Jorge, alzó la visera de su casco, y saludó militarmente.

—Y bien, mi valiente capitan, ¿vienes en nombre de la Inglaterra, no es eso? ¿qué pides?

—Altísimo, respondió San Jorge, pide tener la marina mas hermosa y fuerte del mundo.

—Muy bien, respondió el Señor, la tendrá.

San Jorge, que tenia todo lo que deseaba tener, bajó la visera de su casco, saludó nuevamente y se fué. A la puerta se encontró á San Genaro.

—Buenos días, mi santo obispo; le dijo el

Señor, me alegro mucho de verte, ya sabía yo que te enviarían los italianos. Veamos á ver qué te han encargado que me pidás.

—Tener los primeros artistas del mundo.

—Bien, contestó el Señor, yo te lo prometo.

San Genaro no pidió nada más, se cubrió la cabeza con su mitra y se marchó.

—Que entre otro, gritó el Señor.

—Señor, respondió el ángel, no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? ¿Y qué hace Santiago, que siempre está á caballo á galope y nunca llega?

—Señor, replicó el ángel, desde aquí le diviso allá abajo.... abajo.... abajo....

—Perezoso, como buen español, dijo Dios entre dientes.... en fin, ya está aquí.

Santiago llegó sin poder respirar, echó pie á tierra, y se presentó al Señor.

—¿Y bien? señor hidalgo, ¿qué queréis?

—Quiero, respondió Santiago, respirando apenas de palabra á palabra, quiero que tenga España el clima más hermoso del mundo.

—Concedido.

—Quiero....

—Todavía más, dijo interrumpiéndole Dios.

—Quiero, continuó Santiago, que la España tenga las mugeres más bellas del mundo.

—Bien, sea así, contestó Dios, consiento en esto también. Concedido.

—Quiero....

—¡Cómo! ¡cómo! exclamó el Señor, todavía quieres más, otra cosa aun....

—Quiero, continuó Santiago, que España tenga los frutos más hermosos del mundo.

—Vamos, dijo el Señor, es preciso hacer algo por mis amigos. Concedido.

—Quiero, continuó Santiago, que la España tenga el mejor gobierno del mundo.

—¡Oh! exclamó Dios deteniéndole: basta, Santiago, basta ya, es preciso dejar algo para los demás. Negado. Santiago quiso replicar, pero Dios le hizo una seña para que se volviese inmediatamente á Compostela. Santiago montó en su caballo blanco y se marchó á galope.

Hé aquí la causa de por qué la España jamás tendrá un buen gobierno!!!

El español echó yescas en su eslabon, encendió de nuevo su cigarro, que se había apagado, y volvió á fumar.

Como encontraba la razón que me había dado tan especiosa como cualquiera de las que encuentran á veces en circunstancias semejantes nuestros hombres de Estado, me di por satisfecho con ella por el momento, y la serie de los acontecimientos me probó que Santiago no había podido aun obtener del cielo el don que había guardado para su cuarta petición.

Llegamos á Villanueva hacia las tres.

Como raras veces se hace alto para dormir en aquella pequeña población, no me fiaba en su posada, é inmediatamente que comí me puse en camino para San Mauricio, donde

llegué á las nueve de la noche. Nada me detenía ya en el Vallés, que visitaba por segunda vez; en consecuencia volví á salir de él al día siguiente muy de mañana, y al dar las ocho entraba en la casa de postas de Martigny. Allí era, si mis lectores tienen buena memoria, la posada en que había comido el beefsteak de oso, que ha hecho después tanto ruido en el mundo literario y gastronómico.

Encontré á mi digno huésped siempre tan complaciente como de costumbre: en su consecuencia pronto nos ajustamos con un carruaje hasta Domo d'Ossola, es decir, por cinco días. Debía dejarlo en casa del maestro de postas de aquel pueblo; y después, el primer viagero que viniese de Italia para Suiza, como yo iba de Suiza para Italia, debía devolvérselo. De este modo quedaban pagadas la ida y la vuelta. Mi huésped me indicó más de un consejo económico que yo ignoraba: yo era libre, aunque viajando en posta, de no tomar más que un caballo pagando uno y medio. Como me acercaba al fin de mi viaje, y por consiguiente al de mi dinero, acepté con reconocimiento aquel medio de transporte que recomendó muy de veras.

Y lo propongo con tanta más confianza á los viageros que hagan este camino, cuanto que no les causará el retraso de una hora, ni ninguna incomodidad por falta de sitio: pues el postillon se sienta sobre una de las varas, y por poco más que se le dé de propina, se arregla con su caballo para que haga este su obligación y la de su compañero. El doble trato se concluye ordinariamente por una botella de vino que da el viagero al postillon, y un puñado de avena que promete el postillon al caballo. Gracias á este convenio, que fué escrupulosamente cumplido, por mi parte al menos, llegamos á Brigg la misma tarde.

Allí nos esperaba un gran dolor: Mis pactos con mi pobre Francesco habían terminado; yo le había traído á unas diez leguas del punto en que le había tomado. me era ya inútil; debíamos, pues, arreglar cuentas y separarnos: lo hice llamar.

El buen muchacho, que conocía el motivo, subió con el corazón afligido; la vida que conmigo había llevado, aunque un poco cansada, había sido bajo todos los demás aspectos muy distintamente cómoda que la que esperaba encontrar en Munster; de modo que estaba muy dispuesto, como el jardinero del conde de Almaviva, á no despedir á tan buen amo.

Así apenas me vió sacar el bolsillo de mi faltriquera y calcular los días que habíamos estado juntos, volvió la cara para ocultarme sus lágrimas, que muy pronto degeneraron en sollozos: le llamé entonces, vino, me tomó la mano y me suplicó le conservase por criado, pues estaba dispuesto á seguirme á todas partes, á Italia, á Francia, al cabo del mundo. Desgraciadamente, Francesco, excelente guía en Munster, hubiera hecho un muy mal groom

en Paris; además, era muy grande la responsabilidad de arrebatar aquel muchacho á su familia y á sus montañas: así aunque mi corazón se hallaba muy acorde con sus ruegos me mantuve firme y se lo negué.

Había estado conmigo treinta y tres días: al precio que habíamos convenido hacia sesenta y seis francos, añadí catorce de propina á fin de completar la cantidad de ochenta, y le puse cuatro luises sobre la mesa. Era el único oro que el pobre muchacho había visto en su vida; sin embargo, se adelantó hacia la puerta sin tomarlos: le llamé preguntándole ¿por qué me dejaba aquella suma que era suya? Entonces se volvió, y me dijo sollozando: si el señor lo permite, iré mañana acompañándole hasta el Simplon, volviéndome á la grupa del caballo del postillon, y al momento de dejaros, será tiempo de que me deis el dinero... Le hice señal de que consentía, y se marchó un poco consolado.

Efectivamente, á la mañana siguiente me acompañó Francesco hasta la primera parada. Llegados allí, nos abrazamos; él se volvió llorando hacia Brigg, y yo continué mi camino pensativo y lleno de tristeza.

Recomiendo este muchacho á los viageros que tomen el camino de la Furca; es una excelente criatura de una probidad severa y de una actividad infatigable: lo encontrarán en Munster, desde donde me ha escrito, ó más bien, me ha hecho escribir hace seis meses. Allí es conocido con el nombre alemán de Franz ó con el italiano de Francesco.

#### DE QUÉ MODO FUÉ SAN ELOY CURADO DE LA VANIDAD.

Annibal y Carlo-Magno como Bonaparte han pasado los Alpes y casi conquistado la Italia; pero detrás de ellos, borrando los vestigios de su pasaje, los desfiladeros de las montañas se han cerrado, los picos del monte Ginebra y del pequeño San Bernardo se han cubierto de nieve, y las generaciones que han sucedido á las de sus hijos, no encontrando ninguna huella del camino que habían seguido sino en la tradición de las localidades y en la memoria de las poblaciones, se han puesto á dudar de aquellos milagros y se han casi negado á los dioses que los habían hecho. Bonaparte no ha querido que fuese así con él, y á fin de que su religión guerrera no tuviese que sufrir por los ultrajes, el olvido ó los ataques de la duda, ha ligado la Italia á la Francia como un esclavo á su señora: ha

estendido una cadena al través de las montañas y ha puesto el primer eslabon en manos de Ginebra, su nueva hija, y el último al pie de Milan, nuestra antigua conquista. El recuerdo de nuestra bajada á Italia, esta cadena dorada por el comercio, este camino trazado para el paso de nuestros ejércitos, y hollado por la sandalia de un gigante, es el camino del Simplon.

Este camino, rival del de Tiberio Neron, de Julio César y de Domiciano, en el que cada día han trabajado tres mil jornaleros durante tres años, trepa por las pendientes de las montañas, salva los precipicios y horada los peñascos: comienza en Glys, deja á Brigg á la izquierda y se eleva por una pendiente perceptible á la vista; pero casi insensible al andar, hasta la cumbre del Simplon, es decir, durante seis leguas. A los escritores de itinerarios y no á nosotros toca el decir cuantos puentes se pasan, cuantas galerías se atraviesan y cuantos accidentes se encuentran: nosotros renunciamos á ello tanto más fácilmente cuanto ninguna descripción puede dar una idea del espectáculo que allí se halla á cada paso, y de los contrastes y armonías que forman entre sí los valles de Ganther y de la Saltina y la caída de las cascadas reflejándose en los espejos de las neveras. A medida que se va subiendo, desaparece la vegetación y la vida. Aquellas cumbres no se habían hecho para el comun de los hombres y de los animales. Allí el genio solo podía alcanzar; solo el águila podía vivir allí; así es, que la aldea del Simplon, aquella conquista artificial del valle sobre las montañas, se estiende miserablemente como una serpiente entumecida sobre un rellano desnudo y salvaje. Ningun árbol le da sombra, ninguna flor la hermosea, ni la anima ningún rebaño. Es preciso sacarlo todo de la llanura, y no se ve renacer la existencia y revivir la naturaleza sino bajando sus dos vertientes. Su cima es el patrimonio de los hielos y de las nieves, es el palacio del invierno, es el reino de la muerte.

Dejando la aldea del Simplon, se comienza á bajar, y por un efecto de óptica natural esta bajada parece más rápida que la subida. Además, es mucho más incómoda por los accidentes de la montaña; tan pronto gira sobre ángulos agudos, tan pronto rueda por mil ondulaciones alrededor de la montaña tan lejos cuanto puede alcanzar la vista, y parece á la serpiente fabulosa que enroscas la tierra. Al principio se encuentra la galería de Algabis, la más larga y la más hermosa, que atraviesa doscientos quince pies de granito para ir á dar al valle de Gondo; divina obra maestra de decoración terrible que no puede imitar pintor alguno, que ninguna pluma puede describir, que ninguna relación puede reproducir, es un corredor del infierno, estrecho y gigantesco: mil pies debajo el torrente, á dos mil pies sobre la cabeza el cielo! La distancia es

tan grande desde el camino á la Doveria, que apenas se le siente mugir aunque se ve le espuma furiosamente sobre las rocas que forman el fondo del valle: de pronto, un puente ligero de una arquitectura aérea se presenta tendido de una á otra montaña cual un arco iris de piedra; conduce despues de algunos pasos á la galería de Gondo, larga de setecientos pasos, alumbrada por dos aberturas. Frente á una de ellas, se leen estas palabras escritas por una mano acostumbrada á grabar fechas sobre el granito.

AERE ITALICO  
MDCCCV.

El hombre que las habia escrito creía como Jesucristo y Mahoma, que no de su nacimiento ni de su fuga, sino de su victoria daria para la Italia una nueva era.

Muy pronto el valle se ensancha, se calienta el aire, el pecho respira, vuelven á aparecer algunas señales de vegetacion y algunas ojeadas al través de las sinuosidades de la montaña permiten á la vista reposar sobre un mas dulce horizonte: aparece una aldea con un hermoso nombre: es Isella, la centinela avanzada y casi perdida de la muelle Italia. Así detrás de ella se estrecha el valle: los peñascos desnudos y gigantescos se aproximan: la imprudente hija de la Lombardia ha sido cogida al salir de un desfiladero que no puede ya volver á pasar: sobre el camino por donde ha venido, se ha formado una galería, que es la penúltima: descansa sobre un pilar de granito colosal, cuya negra masa se destaca en su cima sobre el azul del cielo, en su centro sobre el verde tapiz de la colina, en su base sobre la blanca espuma de las cascadas. Apresúrase uno á atravesarla, y sea ilusion ó sea verdadero cambio atmosférico, vienen á recibirle á su salida las tibias brisas del viento de Italia; á derecha é izquierda se separan las montañas, se forman llanos, y sobre aquellos llanos, cual cisnes que se calientan al sol, comienzan á percibirse grupos de blancas casas con terrados. Es la Italia, la antigua reina, la eterna coqueta, la Armida secular que envía para recibiros á sus aldeanas y sus flores. Todavía hay que pasar un rio, todavía hay que atravesar una galería; y ya nos hallamos en Crevola, suspendidos entre el cielo y la tierra, sobre un puente mágico; á vuestros pies teneis la villa y su campanario y delante el Piamonte. Despues, allá abajo en lontananza detrás del horizonte, á Florencia, Roma, Nápoles, Venecia, aquellas maravillosas ciudades de las que los poetas han contado tantos encantos y de las que ninguna muralla os separa ya. Así el camino como cansado de sus largas revueltas y satisfecho de volver á hallarse en la llanura, se lanza de un tirón de dos leguas hasta Domo d'Ossola.

Llegué allí, en el momento de una procesion enteramente italiana: el gremio de albeítas celebraba la función á San Eloy. En mi ignorancia habia creído siempre á aquel bienaventurado, el patron de los plateros y amigo del rey Dagoberto, al que daba de cuando en cuando, acerca de su trage, consejos muy juiciosos; pero ignoraba completamente que hubiese jamás sido albeítar. Su estandarte, sobre el que estaba representado rompiendo su muestra, no me dejaba ninguna duda sobre este asunto: lo único que me quedaba por aclarar era, á que época de su vida se referia la accion que habia inspirado al artista: porque yo conocia su santa vida, casi desde su entrada en casa del prefecto de la fábrica de moneda de Limoges, hasta su nombramiento para la silla episcopal de Noyon, y no veia nada en todo esto que pudiese aplicarse al espectáculo que tenia delante de mis ojos. En consecuencia, me dirigí al maestro de postas, pensando que para una tradicion de herradura era el mejor historiador que se pudiera encontrar. Comenzamos por ajustar el precio del carruage que debia llevarme desde Domo d'Ossola á Baveno. Despues, convenido en el precio doble de lo que valia, tanta era mi prisa para volver á la procesion, obtuve sobre el padre Occuli las siguientes noticias y biografías.

La tradicion tal cual me fué transmitida en su primordially sencillez y propio estilo es esta:

Es inútil el decir que no garantizo su autenticidad.

Hacia el año 640, Eloy, que era entonces un jóven de veinte y seis á veinte y ocho años, habitaba en la ciudad de Limoges, situada á dos leguas únicamente de Cadillac, su país natal. Desde su juventud habia manifestado grande aptitud para las artes mecánicas; pero como no era rico, le habia sido preciso quedarse simple albeítar. Verdad es que habia hecho progresar este oficio, que entre sus manos casi se habia convertido en un arte. Las herraduras que forjaba, y que habia llegado á fabricar en solas tres caldas (1), se redondeaban con una curva maravillosamente elegante y brillaban cual plata bruñida. Los clavos con que las sujetaba á los pies de los caballos, estaban tallados en punta de diamante, y hubieran podido engastarse como chatones en una sortija montados en oro.

Esta habilidad de ejecucion, que asombraba á todo el mundo, acabó por exaltar al artífice mismo: la vanidad le trastornó la cabeza, y olvidando que Dios nos ensalza y nos humilla segun su voluntad, hizo hacer una muestra en la que estaba representado herrando un caballo, con esta inscripcion medianamente inso-

(1) Calda. Término técnico.—Poniéndolas tres veces en la fragua. Hemos querido conservar este término característico, que nos apresuramos á explicar á nuestros lectores.

lente para sus compañeros y ofensiva á la humildad religiosa: *Eloy, maestro de los maestros, maestro sobre todos.*

La inscripcion metió gran ruido desde su aparicion, y como Eloy tenia que háberse las sobre todo con una clientela de comerciantes, caballeros y peregrinos que se cruzaban incesantemente delante de su tienda, la orgullosa muestra llegó á despertar muy pronto la susceptibilidad de los demas albeítas, no solo de Francia, sino aun de toda Europa. De todas partes se levantó un clamor tan grande contra el orgulloso maestro que subió hasta el paraíso. No sabiendo Dios al pronto cual era la causa que lo motivaba, se conmovió y miró á la tierra. Sus ojos, que por casualidad se habian vuelto hácia Limoges, tropezaron con la famosa muestra y se enteró de todo.

De todos los pecados mortales, el que siempre ha ofendido mas á Dios es el orgullo. El orgullo fué el que hizo rebelarse á Satanás y á Nabucodonosor contra el Señor, y el Señor lanzó al infierno al uno y quitó al otro la razon convirtiéndolo en bruto.

Así Dios buscaba ya que castigo podria aplicar al nuevo Aman, cuando Jesucristo, viendo á su padre preocupado, le preguntó que era lo que tenia. Dios le respondió enseñándole la muestra: Jesucristo la leyó.

—Sí, sí, padre mio, es verdad: la inscripcion es atrevida, pero Eloy es verdaderamente hábil: únicamente ha olvidado que su fuerza le viene de lo alto. Pero fuera de su orgullo, está lleno de buenos principios.

—Convento en ello, dijo el buen Dios; tiene excelentes cualidades, pero su orgullo las escede á todas, como el cedro escede al hisopo, y las hará morir bajo su sombra. ¿Has leído, *Eloy, maestro de maestros, maestro sobre todos?* Esto es un desafío, no solo á la habilidad humana, sino aun á la celestial omnipotencia.

—Pues bien, padre mio, que la celestial Omnipotencia le responda con bondad y no con rigor. Vos queis la conversion y no la muerte del pecador, ¿no es verdad? Yo me encargo de convertirle.

—¡Hum! hizo Dios, meneando la cabeza, de mala tarea te encargas.

—¿Consentís en ello? continuó Jesucristo.

—No lo conseguirás; dijo Dios.

—Dejámelo probar.

—¿Y cuánto tiempo me pides?

—Veinte y cuatro horas.

—Concedido, dijo el Señor.

Jesús no perdió tiempo, se quitó su divino trage, y se revistió del de un compañero de oficio de Eloy, se dejó deslizar sobre un rayo de sol y bajó á las puertas de Limoges.

Inmediatamente entró en la ciudad apoyado en un palo con la apariencia de un hombre que acaba de hacer un largo camino, y en seguida se fué derecho á la casa de Eloy; lo encontró forjando. Estaba en la tercera calda.

—Dios sea con vos, maestro, dijo Jesús al entrar en la tienda.

—¡Amen! respondió Eloy sin mirarle.

—Maestro, continuó Jesús, acabo de dar una vuelta por la Francia, y en todas partes he oido hablar de la ciencia; de modo que pensando que nadie sino tú pueda enseñarme algo de nuevo....

—¡Ah! ¡ah! hizo Eloy echando sobre él una rápida mirada y continuando en golpear su herradura.

—¿Me quieres por compañero? repuso humildemente Jesús; vengo á ofrecerte mis servicios.

—¿Y qué es lo que tú sabes? dijo Eloy dejando negligentemente la herradura á la que acababa de dar el último martillazo y arrojando sus tenazas.

—Yo, continuó Jesús, sé forjar y herrar, tan bien creo, como cualquiera en el mundo.

—¿Sin escepcion? dijo desdeñosamente Eloy.

—Sin escepcion, respondió tranquilamente Jesús.

Eloy se echó á reir.

—¿Qué dices tú de esta herradura? dijo Eloy enseñando á Jesús muy satisfecho, la que acababa de concluir.

Jesús la miró.

—Digo que no está mal, pero creo que se pueden hacer mejores.

Eloy se mordió los labios.

—¿Y en cuántas caldas harías una herradura como esta?

—En una, dijo Jesús.

Eloy se echó á reir: como hemos dicho necesitaba tres, y los demas cinco ó seis, creyó que el compañero estaba loco.

—¿Y quieres enseñarme cómo te compones? dijo con aire burlon.

—De buena gana, maestro, respondió Jesús cogiendo tranquilamente las tenazas, y tomando cerca del yunque una barra de hierro en bruto que metió en la fragua: despues hizo una seña á Occuli, que se puso á tirar de la cuerda del fuelle. El fuego sofocado al principio por el carbon se lanzó en pequeños chorros azules, saltaron millones de chispas, muy pronto la llama enrojecida se apoderó del alimento que se le ofrecia: de tiempo en tiempo el hábil compañero rociaba el hogar, que ennegrecido momentáneamente volvia á tomar casi inmediatamente una nueva fuerza y un color mas vivo. En fin, la brasa parecia una materia fundida. Al cabo de un instante, aquella lava palideció, tan consumida estaba toda la parte combustible del carbon. Entonces sacó Jesús de la fragua el hierro casi blanco, lo colocó sobre el yunque, y dándole vueltas con una mano, mientras que le golpeaba y lo amoldaba con la otra, con algunos martillazos le dió una forma y una finura, á las cuales estaba lejos de aproximarse la herradura de Eloy. La cosa se habia hecho con tal

prontitud que el pobre maestro de maestros no había tenido tiempo de ver mas que fuego.

—Héla aquí, dijo Jesus.

Eloy tomó la herradura con la esperanza de descubrir en ella alguna escama; pero nada le faltaba: así, á pesar de su mala intención no pudo ponerla la menor falta.

—Si, si, dijo volviéndola y revolviéndola, no está mal..... Vamos, para un simple oficial de herrero no está mal. Pero, continuó esperando coger en falta á Jesus, no basta saber hacer una herradura, es necesario además saberla aplicar también á la parte del animal. Creo que me has dicho que sabías herrar.

—Si, maestro, respondió tranquilamente Jesus.

—Poned el caballo al trabajo (1), gritó Eloy á sus mancebos.

—¡Oh! no hay que tomarse ese trabajo, interrumpió Jesus. Yo tengo una manera particular de herrar que ahorra tiempo y mucho trabajo.

—¿Y cuál es tu modo de herrar? dijo Eloy asombrado.

—Vais á verlo, respondió Jesus.

A estas palabras sacó un cuchillo de su bolsillo, se fué al caballo, levantó una de sus patas traseras, le cortó la pata izquierda por la primera articulación, la colocó en la bigornia, clavó la herradura con la mayor facilidad y trajo la pata herrada, la aproximó á la pierna, donde volvió inmediatamente á unirse; cortó la pata derecha, repitió la misma operación con el mismo éxito, continuó así con las otras dos patas, y todo esto sin que hiciese el menor movimiento el animal. Eloy contemplaba la operación con la mas profunda admiración, asombrado.

—Ya está, maestro, dijo Jesucristo al pegar la cuarta pata.

—Bien, lo veo, dijo Eloy haciendo todos sus esfuerzos para ocultar su asombro.

—Vos no conocéis este método de herrar, continuó Jesucristo indiferentemente.

—Si tal, repuso con viveza Eloy: he oído hablar de él.... pero estoy por el otro.

—Hacedis mal, este es mas cómodo y mas espedito.

Eloy, como se deja comprender, se guardó muy bien de despedir á tan hábil herrador, temia además, si no se arreglaba con él, que se estableciese en aquellas cercanías, y le quitase los parroquianos. Hecho el ajuste y condiciones que fueron aceptadas, Jesus quedó en la tienda como primer mancebo.

Al dia siguiente por la mañana, Eloy envió á Jesus á dar una vuelta por los pueblos inmediatos. Tratábase de algunos recados que no

(1) El Trabajo es un aparato de maderos enmedio del que se ata á los caballos indómitos ó inquietos que van á herrar, para evitar que den coces, y maltraten á los herradores ó ellos mismos se estropeen.

podían confiarse mas que á un mensajero inteligente.

Jesus apenas había revuelto la primera esquina de la calle, ya Eloy se puso á pensar seriamente en aquel nuevo método de herrar los caballos que él no conocia. Había seguido con el mayor cuidado la operación, y observado bien en qué articulación se había hecho la amputación, y como tenia gran confianza de si mismo, resolvió aprovechar la primera ocasión que se le presentase para poner en práctica la lección que había aprendido.

No tardó en presentarse esta: apenas había trascurrido una hora se paró á la puerta de Eloy un caballero armado de pies á cabeza, cuyo caballo se había desherrado de un pie un cuarto de hora antes de llegar allí, y venia atraído por la fama del maestro.

Venia de España y regresaba á Inglaterra, donde tenia que arreglar negocios de la mayor importancia con San Dunstan en Escocia. Ató, pues, su caballo á una de las argollas de hierro de la tienda, y entró en una taberna donde pidió una jarra de cerveza, recomendando á Eloy le despachase pronto.

Eloy pensó, que pues el parroquiano tenia prisa, era el momento oportuno de poner en ejecución el método espedito del que había visto la vispera hacer un ensayo que tan bien había salido. Tomó, pues, el cuchillo mas afilado, dióle una última mano sobre la piedra de afilar, y levantando la pierna del caballo, buscó la articulación con mucha exactitud y le cortó la pata por encima del casco.

La operación había sido ejecutada con tal habilidad, que el pobre animal que nada sospechaba, no había tenido tiempo de oponerse, y no había conocido la amputación sino por el dolor mismo que le había causado: pero entonces dió un relincho tan lastimero y doloroso, que su dueño se volvió, y vió que su cabalgadura apenas podia tenerse sobre las tres piernas que le quedaban, y sacudiendo la cuarta de la que se le escapaba á torrentes la sangre. Lanzóse fuera de la taberna y se precipitó en la tienda, y encontrando á Eloy que herraba tranquilamente la cuarta pata colocada en su bigornia, creyó que el maestro se había vuelto loco. Eloy le tranquilizó diciéndole que era un nuevo método que había adoptado; le enseñó la herradura perfectamente adherente al casco, y saliendo de su tienda, se dispuso á pegar la pata al muñón de la pierna, como había visto hacer la vispera á su oficial.

Pero esta vez sucedió muy de otra manera. El pobre animal que se desangraba hacia diez minutos, se había tumbado en el suelo moribundo. Eloy acercó la pata á la pierna, pero en sus manos no quiso adherirse: el pie estaba ya muerto y lo restante del cuerpo no valia mucho mas.

Un sudor frio cubrió la frente del maestro, conoció que estaba perdido, y no queriendo sobrevivir á su reputación, sacó de su vaina

el cuchillo que tan bien había cumplido su oficio: iba á clavárselo en su pecho, cuando sintió que le detenian por el brazo. Se volvió, era Jesucristo. El divino mensajero había concluido sus encargos con la misma prontitud y habilidad que tenia costumbre de hacerlo, y estaba ya de vuelta dos horas antes mas pronto de lo que Eloy le esperaba.

—¿Qué haces, maestro? le dijo con tono severo.

Eloy no respondió, pero le mostró con el dedo al caballo espirando.

—¿No es mas que esto? dijo Cristo, y cogió la pata y la aproximó á la pierna, y la sangre cesó de correr, y se pegó el pie, y se levantó el caballo, y relincho de gusto, de modo que menos el suelo enrojecido, cualquiera hubiera jurado que nada había sucedido al pobre animal, poco antes tan malo, y ahora tan vivo y tan bueno.

Eloy le miró un instante confuso y asombrado; alargó el brazo, tomó en su tienda un martillo, y haciendo pedazos su muestra se dirigió á Jesucristo, y le dijo humildemente.

—El maestro eres tú, yo no soy mas que el oficial.

—Bienaventurado el que se humilla, respondió Cristo, con voz dulce, porque será exaltado.

Al oír aquella voz tan pura y tan armoniosa, Eloy alzó los ojos y vió que su oficial tenia ceñida la frente con una aureola; reconoció á Jesucristo y cayó de rodillas.

—Bien está, te perdono, dijo Cristo; porque te creo curado de tu orgullo. Permanece maestro de maestros: pero acuérdate de que yo solo soy maestro sobre todos.

A estas palabras montó en la grupa detrás del caballero, y desapareció con él.

El caballero era San Jorge

#### PAULINA.

Terminada esta narración, rogué al maestro de postas que examinase los pies de sus dos caballos por temor de que no le sucediese en el camino el mismo percance que al caballo de San Jorge. Despues, concluida aquella inspección, marchamos á trote largo por uno de aquellos caminos enarenados como las calles de un jardín inglés y que surcan el Piamonte desde la ocupación francesa.

Es imposible el soñar por peristilo de la Italia un camino mas encantador: por medio de una llanura de dos leguas que parecen aun mas frescas y graciosas despues del terri-

ble valle de Gondo, se llega á Villa, porque como se ve todos los nombres de ciudades acaban por una dulce vocal. Despues las blancas casas suceden á las grises cabañas, los techos ceden su lugar á los terrados, las pararas trepan alrededor de los árboles del camino, atraviesan la carretera y se mecen en columpio. En lugar de las aldeanas rústicas del Vallés, se encuentran á cada paso lindas vendimiadoras de color pálido, ojos aterciopelados, y rápido y dulce hablar. El cielo es puro, el aire tibio y se reconoce, como dice el Petrarca, á la tierra querida de Dios; la tierra santa; la tierra feliz, que ni las invasiones de los bárbaros, ni las discordias civiles, ni la cólera de los volcanes, han podido despojar de los dones que ha recibido del cielo. Una cosa, sin embargo, se oponia á que las apreciase en toda su estension: estaba solo.

Es una cosa muy triste el ir en un viaje solo, el no tener á nadie con quien compartir nuestras emociones de alegría ó de temor. Así pasé delante del valle de Anzasca, casi sin detenerme, y sin embargo, en el fondo de sus sinuosidades, sobre sus verdes colinas se levanta cual el gigante encargado de velar sobre aquellos jardines encantados, el Monte Rosa, el Adamastor de la Italia. Unalegua mas allá, al acercarse á Fariolo y mientras que miraba á mi derecha una de aquellas últimas hijas de los Alpes que van á morir degenerando en colinas y montecillos á las orillas de los lagos que tienen con su sombra, oí desprenderse de lo alto de la montaña una cosa parecida á un grano de arena que vino rodando por las cuestas, saltando por encima de los barrancos, erociendo siempre á medida que se acercaba y terminó por cambiarse en un pedrisco que pasando con el estrépito del rayo, y semejante á una gran mole de piedras atravesó el camino á treinta pasos del carruaje y llegada al fin de su fuerza de impulsión fué á detenerse contra un olmo que tronchó: casi envidié al postillon que había tenido miedo por sus caballos.

Esperar ó temer por otro, es la única cosa que da al hombre el sentimiento completo de su propia existencia.

Llegaba á las orillas del Lago Mayor á la caída de la tarde y me detuve en Baveno en una encantadora posada de granito rosa, y rodeada de laureles. Por fuera era un palacio encantado: por dentro era una posada italiana.

Una posada italiana es aun una habitación bastante tolerable en verano; pero en invierno, atendiendo á que no hay ninguna precaución tomada contra el frio, es una cosa de que no se puede formar idea alguna. Se llega helado, se baja del carruaje, se pide un cuarto, el dueño de la posada, sin incomodarse en su siesta, hace señá al mozo de que os acompañe. Le seguís con la confianza de que vais á encontrar un abrigo; ¡qué horror! entráis en una enorme pieza de blancas pare-